

TEORÍA E HISTORIA, O APOLO Y DIONISO*

Valentín Andrés Álvarez

Si la obra literaria o artística ha de salir acabada y perfecta de las manos de su creador, la obra filosófica o científica nunca queda inmóvil, como forma escultórica definitiva, ni aun con la muerte de su autor. Es siempre una forma viva, una planta enraizada en su tiempo, que se ramificará e irá dejando frutos y semillas en todas las épocas con climas propicios. Es posible seguir, a través de la Historia, las ramificaciones del tronco platónico, del aristotélico, del «newtoniano»... Por eso el mejor homenaje que puede rendir un discípulo a su perdido maestro no es la admiración pasiva por su obra, sino la exploración activa de la misma para descubrir los renuevos, los brotes que pueden continuarla, donde perduran latentes, donde quedan aún dormidas, muchas ideas del maestro.

Teoría e Historia son dos formas de saber, que corresponden a dos realidades distintas y aun opuestas radicalmente: el mundo natural y el histórico-social. La serie esquemática de contraposiciones es sobradamente conocida: en la Naturaleza actúa la *causalidad* y en la Historia la

(*) Publicado en *La Torre* (Revista general de la Universidad de Puerto Rico), n° 15-16, julio-diciembre, 1956, pp. 469-476.

libertad; en aquélla todo es *necesario* y en ésta *contingente*; los conceptos *teóricos* aplicables a los fenómenos naturales, son *generales, abstractos*, los *históricos* por el contrario, *individuales, concretos*. Se han hecho intentos por parte de filósofos e historiadores, y de historiadores filósofos, para superar esta dualidad. Pueden agruparse en tres tipos: el del racionalismo, como la Filosofía de la Historia de Hegel, que pretende reducir ésta a un sistema racional; el del historicismo, que liga las verdades del saber teórico a los cambios del acontecer histórico; y las soluciones eclécticas, como los «tipos ideales» de Weber, que intentan explicar la Historia valiéndose de esquemas el grado de abstracción de la teoría pura. Pero la misma razón aque explica los éxitos de la Astronomía, explica los fracasos de la Meteorología. Y sin embargo, ambas aplican los mismos principios, las mismas teorías, a saber: los conceptos y leyes de la Mecánica y de la Física; pero ocurre que la atmósfera está tan cerca de nosotros que no la vivimos o percibimos con el grado de abstracción que corresponde a los conceptos que se le aplican. Este es el caso de otras muchas ciencias, como la Sociología, la Economía, la Psicología, etc... que tratan del hombre o de hechos íntimamente entretreídos con su propia existencia, los cuales, por estar tan cercanos a nosotros, se nos presentan con un grado de abstracción tan pequeña que reduce, enormemente, la posibilidad de establecer teorías aptas para dar explicaciones y deducir previsiones siempre válidas. Así se explica la paradoja extraña de que sepamos predecir lo que ocurrirá en el cielo, con precisión de segundos y antelación de siglos, y no podamos afirmar con certeza lo que sucederá aquí en la tierra mañana. La ciencia de los astros es más perfecta que la de los meteoros porque el hombre está lejos de las estrellas, pero está dentro de la tempestad. Porque el cielo lejano se expresa en la pura geometría de las constelaciones la ciencia astronómica sirve de fundamento a un arte, el arte de navegar, con reglas ciertas y seguras que fijan la ruta del navegante, con exactitud geométrica, entre los infinitos caminos del mar, mientras en ese mismo mar, cuando ya no es puro espacio, sino algo que está en contacto con la nave, cuando no refleja, el esquemático ciclo de los astros, sino el de los vientos y las tempestades, cuyos caprichos sigue, el hombre se siente ante una realidad viva y profunda, de una multiforme complejidad, que la Mecánica ni la Física ni ningún esquema racional puede captar en su misteriosa profundidad.

Podría intentarse una clasificación de las ciencias fundada en el criterio expuesto antes para estimar la coordinación entre teoría y realidad. El extremo superior lo ocuparían las Matemáticas, ciencias cuyos objetos, por ser puramente abstractos, responden rigurosamente a las deducciones de la teoría; a continuación vendría la Mecánica Celeste, luego la Física y la Química, la Biología, la Meteorología, la Sociología, etc., ordenadas por la pérdida progresiva de exactitud en sus aplicaciones prácticas, a causa del aumento de la «distancia abstracta» entre los conceptos y los hechos; en el otro extremo se encontraría el conocimiento moral del hombre, la Política, la Psicología, etc., todo ese saber que solo puede adquirirse por experiencia intuitiva, porque la gran complejidad, variabilidad y profundidad de los hechos, no permiten elaborar conceptos generales que sean instrumentos eficaces para conocerlos, preverlos o dominarlos con mediano acierto. Hacia lo alto de la escala

estaría el mundo de la razón, de la claridad y el orden lógicos, la causalidad necesaria; hacia abajo, descendiendo gradualmente, se llegaría al otro extremo, por debajo del cual está ya el mundo donde no hay ordenamiento lógico ni norma alguna cierta, la realidad inasequible a la razón, el fluente devenir de lo contingente y libre. El hombre, situado entre estos dos mundos, adopta actitudes distintas ante cada uno de ellos. Los objetos abstractos de la realidad teórica, se presentan ante la razón depurados de cualidades sensibles y el hombre contempla, lleno de serenidad, el orden y la claridad con que se manifiestan; en cambio, la realidad cercana e inmediata hiere nuestra sensibilidad; aquí no hay nada verdadero o falso, sino todo, placentero o penoso, atrae o repele; lo que se presentaba allí con una claridad serena es aquí una realidad viva infinitamente multiforme, misteriosa y profunda. Hacia lo alto de la escala se extiende la jurisdicción de Apolo, dios de la luz, de la serenidad, del orden, el que sabe predecir los hechos y dicta los oráculos; hacia abajo los dominios de Dioniso (Baco), hijo de las potencias subterráneas y tenebrosas, dios de la vida, de la disipación irracional, del desorden puro, sin norma ni medida, cuyas fiestas periódicas, las bacanales, significan la reacción vital contra el orden, la medida, las trabas impuestas por Apolo.

Según el mayor o menor predominio de las características de uno u otro extremo de aquella escala, tendremos dos tipos de conocimientos, que podemos denominar, con la terminología introducida por Nietzsche en *El origen de la tragedia*: conocimientos *apolíneos* y conocimientos *dionisiacos*. De sus combinaciones múltiples resulta la gama entera del saber humano. Sería un gran error creer que la distinción indicada es una pura especulación recreativa; en efecto, veremos inmediatamente su importancia para la estimación del valor práctico de una teoría. Cuando el grado de abstracción de una ciencia se aproxima al de la realidad a que se aplica, cuando es ciencia apolínea, nace de ella un arte perfecto, como de la Geometría, la Agrimensura y de la Astronomía el Arte de navegar; serían, en cambio, mucho menos rigurosas y seguras las aplicaciones prácticas cuando intervengan elementos dionisiacos, como los vientos y las tempestades en la Meteorología, o como las pasiones y ambiciones de riqueza y de poder, en las ciencias de la sociedad; por esto no ha nacido de la Sociología una técnica política y por lo mismo el arte de gobernar un Estado no es tan preciso y tan seguro como el de gobernar una nave. Por lo tanto, paralela a nuestro ordenamiento de las ciencias hay una escala que mide la perfección de las artes.

Como la realidad cuanto más abstracta es menos sensible, la perfección de un arte o de una técnica, medida en aquella escala, consistirá tanto en la precisión de sus conceptos e instrumentos como en que sus errores no se hagan sensibles en la escala utilitaria o vital del beneficio-daño. La plomada del mampostero no da, ciertamente, al muro una verticalidad geométrica, rigurosa; pero la pequeña desviación de la misma no afecta nada a la seguridad o utilidad del edificio; puede ser perceptible como valor geométrico, pero no es sensible como valor vital. Hay artes cuyas reglas permiten amplio margen de desviación, solo perceptible en la escala métrica, y artes cuyas desviaciones de sus normas se hacen inmediatamente sensibles en la escala vital del bene-

ficio-daño. Para quien mide un monte, con objeto de amojonarlo, apenas entra en su estimación un error de pocos metros; para quien dosifica un tóxico activo en una balanza de precisión una pequeña desviación del «reiter» tiene una importancia vital decisiva. En el primer caso entre el beneficio y el daño hay una distancia de metros; en el segundo puede decirse con sentido absolutamente recto, limpio de metáfora, que la vida está a medio milímetro de la muerte.

Las ideas expuestas hasta aquí sobre la Teoría ¿podrán aplicarse a la Historia? Aun con todas las cautelas con que ha de proceder quien hace afirmaciones atrevidas, uno no puede por menos pensar que acaso en la Historia se apliquen también a lo más remoto y primitivo conceptos generales depuradísimos, como a la realidad física más distante, y que por esto mismo los débiles destellos que nos llegan de épocas remotas, como los de las estrellas lejanas, nos dan un conocimiento más depurado que el de los tiempos más próximos; que es más exacta la distinción prehistórica entre los períodos paleolítico y neolítico que la histórica en Edad Antigua, Media y Moderna, considerada hoy como completamente arbitraria; que la verdad del «Génesis» resulte, también de su distancia histórico-astronómica y que el hombre perdió, efectivamente, un paraíso cuando se desprendió de su ingenuidad y su naturalidad primigenias al probar el fruto del árbol de la Ciencia, que el odio de Caín a Abel, sea, en depurada síntesis, el odio ancestral del agricultor al pastor, que atraviesa toda la Historia conocida, la de España en las luchas entre labradores y mesteños, etc., etc., y que, aun pensando con todo el materialismo de la Física, si el espacio real «einsteiniano» es finito, el tiempo histórico puede serlo también, siendo tan verdad que Dios sacó al Mundo del caos como que la «Entropía» lo volverá a él, *quia pulvis es et in pulverem reverteris*, se dice en el «Génesis» mismo...

El texto de Ortega, de donde hemos partido, está en una nota aclaratoria a un pasaje sobre «la fisiología de las revoluciones», en el que se dice: «Para comprenderla bien conviene hacer resbalar la mirada sobre el desarrollo de los *grandes organismos históricos* que han cumplido su curso completo. Entonces se advierte que en cada una de esas *grandes colectividades* el hombre ha pasado por tres situaciones...» Y en la nota marginal se explica: «Si se tratase de comprender un fenómeno de menores proporciones tendríamos que *acercarnos más* al área histórica, y estos tres compartimentos *se subdividirían en muchos otros*. Conceptos que coinciden con la realidad...», etc. (es nuestra la cursiva del texto y de la nota)¹. Según esto se pueden elaborar conceptos y hacer deducciones, es decir, hay una teoría de los hechos históricos, cuando se trata de grandes ciclos más o menos lejanos «que han cumplido su curso completo», pero al «acercarnos más al área histórica» los hechos «se subdividirán en muchos otros» y ante la complejidad mayor se perderán progresivamente la precisión de los conceptos y el valor de las deducciones.

(1) *El tema de nuestro tiempo*, cuarta edición revisada, p. 113.

Si la Historia se hace apolínea cuando se eleva a las grandes síntesis lejanas hacia las realidades telescópicas, la Teoría, la Física, se hace dionisiaca cuando penetra en las profundidades ultramicroscópicas. Los cuerpos materiales, hacia fuera, obedecen con rigor a las leyes de la Mecánica, la ciencia física más perfecta; pero la materia, por dentro, en sus íntimos y más hondos entresijos, es un enjambre de partículas sometidas al principio de indeterminación, lo más contrario a todo principio, y que acaso no son siquiera entes individuales, pues hasta la individuación se pierde en ese desorden liberador de leyes y principios, como la embriaguez de los adeptos de Dioniso en las orgías báquicas. Pero en esos profundos entresijos de la materia están las fuerzas más patentes, aniquiladoras y creadoras, pues toda fuerza, toda energía nace de una liberación originaria; y aunque se encauce luego por principios y leyes de una técnica apolínea, siempre estará tras ella, al acecho, la catástrofe dionisiaca. Y esto mismo se aplica a la Historia, que nos muestra por fuera sus ciclos, leyes e instituciones, los valores apolíneos y, por dentro amores y odios, guerras y revoluciones en que se desatan las fuerzas dionisiacas, destructoras y creadoras.

En resumen: La Historia, que es Teoría cuando se enfrenta con las grandes síntesis en que aparecen los hechos lejanos, va perdiendo, progresivamente, racionalidad al pasar de las grandes colectividades a los individuos, lo mismo que la Física, al pasar de los astros a los átomos. Lo que ocurre es que ésta tiene un área mayor dentro de la jurisdicción apolínea y aquélla dentro de la dionisiaca.

Teoría e Historia no son, pues, dos mundos distintos incomunicables, metafísicamente contrapuestos. El símbolo más exacto de la realidad fundamental primordial y única es el ser de la llama, que por fuera ilumina y por dentro quema, que hacia fuera es luz, el supremo atributo de Apolo, y hacia dentro fuego, energía creadora y aniquiladora, el ser de Dioniso; fuego que crea la luz, la vida, el movimiento y también que todo lo reduce a la unidad primordial y final de la ceniza, *quia pulvis es et in pulverem reverteris*.

